



IV

EL palacete de los Barrolos en Oliveira (conocido desde comienzos de siglo por la «Casa de los *Cuñaes*»), levantaba su hidalga fachada de doce balcones en el paseo del Rey, entre una solitaria callejuela que conduce al cuartel y la calle de las Tecedeiras, mal empedrada y tortuosa, oprimida por la tapia del jardín y por el muro desconchado de la antigua tapia de las Mónicas. Esa mañana, al desembocar Gonzalo, que iba en el coche de la Torre, en el paseo del Rey, subía por la de las Tecedeiras, doblando la esquina de los Cuñaes, en un caballo negro de abundantes crines, que hería las piedras con soberbia y garbo, el gobernador civil, el Andrés Cavalleiro, de corbata blanca y sombrero de paja. Sorprendiólo el hidalgo desde el fondo del coche, levantando los pestañudos ojos negros hacia los balcones de hierro del palacete. Pegóse un puñetazo en las rodillas, rugiendo sordamente: «¡Qué villano!» Al apearse en el portón,

un portón bajo, como agobiado por el inmenso escudo de armas de los Sás, tan sofocada indignación le poseía, que no reparó en las efusiones del portero, el viejo Joaquín de la Puerta, y olvidó dentro del coche los presentes que para Graciña traía, la caja con el antuca y un cesto de flores de la Torre, cubierto de papel de seda. Después, arriba, en la antesala donde José Barrolo acudiera al sentir en las piedras del paseo silencioso el estrépito del coche, desahogó arrebatadamente su indignación:

— Señores, ¡que no pueda venir á la ciudad sin encontrar á este animal de Cavalleiro! ¡Y siempre frente á esta casa! ¡Es suerte! ¡Ese bigotazos no tendrá otro sitio por donde caracolear con su penco!

José Barrolo, un mozo gordo, de cabello rubio y crespo, con una faz más redonda y colorada que una manzana, rectificó ingenuamente:

— ¿Penco? . . . Ahora tiene un caballo magnífico. Un caballo magnífico que compró á Marges.

— Pues bien; es un burro feo encima de un caballo bonito. Que queden ambos en la caballeriza. O que vayan á pastar á la dehesa.

Barrolo abrió la boca, larga y fresca, de soberbios dientes, en un lento pasmo, y de repente, dando una patada en el suelo, rompió en una risotada que lo sofocaba y le hinchaba las venas:

— ¡Esa es tremenda! No; esa es para contar en el club. . . Un burro feo encima de un caballo

bonito, y que ambos vayan á pastar. Tú vienes hoy estupendo, rapaz. Ambos á pastar, con los hocicos en la hierba, el gobernador civil y el caballo. . . ¡Es tremenda!

— Bien, hombre, bien. Trae para acá esos huesos ó esos untos. ¿Cómo va la familia? ¿Graciña?

Era ella, con su ligereza airosa de chiquilla, los magníficos cabellos sueltos sobre un peinador de encaje, corriendo alborozada hacia el hermano, que la abrazó y besó muy efusivamente. E inmediatamente, retrocediendo, díjola que estaba más bonita y más gruesa:

— Positivamente estás más gruesa, hasta más alta. ¿Es sobrino? ¿No? ¿Nada por ahora?

Graciña respondió con aquella su lánguida sonrisa, que más le humedecía y le enternecía la dulzura de sus ojos verdes.

— ¡Ella no quiere, ella no quiere! — gritaba José Barrolo con las manos en los bolsos de la bata, que le diseñaba las ancas rollizas —. La culpa no es de acá del patrón. Es ella la que no se decide.

El hidalgo de la Torre reprendió á la hermana:

— Pues es necesario un chiquillo. Yo por mi parte no me caso, nada puedo hacer por la descendencia, y de esta hecha allá se van Barrolos y Ramires. La extinción de los Barrolos es una limpieza. Pero acabados los Ramires, acaba Por-

tugal. Por tanto, señora doña Gracia Ramires, de prisa, en nombre de la nación, un mayorazgo. Un mayorazgo muy gordo, que pretendo que se llame Tructesindo.

Barrolo protestó aterrado:

— ¿El qué? ¿Tiertesindo? No; para tal suerte no lo fabrico yo.

Mas Graciña detuvo aquellos gracejos pican-tes, deseosa de saber de la Torre, de Benito, de Rosa la cocinera, de la huerta y de los pavos. Barrolo enrolló un cigarro y reclamó la historia de Rello. También él tuviera una pelea con el rentero de *Ribeiriña* por causa de un corte de pinos. Eso de Rello creo que fuera tremendo.

Y Gonzalo, enterrado en el hondo canapé azul, desabotonando perezosamente la chaqueta de cheviote claro:

— No; fué muy sencillo. Hace ya meses que ese Rello andaba siempre borracho. . . Una noche gritó, amenazó á Rosa, agarró una escopeta. . . Yo bajé, y en un instante la Torre quedó des-embazada de Rellos y de barullos.

— Creo que fué el regidor con los alguaciles. Gonzalo sacudió los hombros impaciente.

— El regidor vino después para legalizar. Ya el hombre marchara corrido. Y como resulta-do arrendé la Torre á Pereira, al Pereira de la Riosa.

Contó ese negocio excelente, tratado en la so-lana, al almuerzo, entre dos copas de vino verde.

Barrolo admiró la renta y elogió al rentero. Así Gonzalo descubriera otro Pereira para la quinta de Treixedo, tierra tan generosa y tan mal tratada.

En una esquina del canapé, cubierta por los magníficos cabellos que lavara en esa mañana, y que olían á alecrín, Graciña contemplaba al her-mano con ternura:

— Y del estómago, ¿andas mejor? ¿Continúan las cenas con *Titó*?

— ¡Oh, ese animal! — exclamó Gonzalo —. Hace días prometiome comer en la Torre; había asado Rosa un cabrito maravilloso. . . Después creo que tuvo una orgía infame. El viene ésta se-mana á Oliveira. . . ¿Ustedes sabían de la intimi-dad de *Titó* con Sanches Lucena?

Historió entonces con exageración alegre el encuentro de *Bica-Santa*, el horror que le causa-ra á doña Ana el descubrimiento inesperado de esa familiaridad de *Titó* en la *Feitosa*.

Barrolo recordó que, una tarde antes de San Juan, avistara á *Titó* delante del portón de la *Feitosa*, paseando por la carretera con un perril-lo blanco en el regazo.

— Lo que yo no comprendo, chico, es ese tu «horror» por doña Ana. ¡Caramba, es una mujer soberbia! Con un movimiento de caderas, unas miradas y unos senos. . .

— ¡Calle esa boca impura — gritó Gonzalo —. ¡Aquí, al lado de tu mujer, que es la flor de las gracias, osas loar semejante montón de carne!

Graciña, riendo, sin celos, comprendía «la admiración de José». Realmente, Ana Lucena es una mujer vistosa, bella. . .

— Sí — concedió Gonzalo —, bella como una bella yegua. . . Pero aquella voz gorda, papuda, los impertinentes, los modos. . . Y «el caballero puede fumar, el caballero está engañado» . . . ¡Oh, señores, pavorosa!

Barrolo, que paseaba delante del sofá con las manos en los bolsos:

— Uvas verdes, Sr. D. Gonzalo, uvas verdes. El hidalgo miró á su cuñado con ojos feroces.

— Ni que se me ofreciese de rodillas en camisa, con los doscientos mil duros de Sanches en una bandeja de oro.

Sonriendo, roja como una peonía, con un «¡oh!» de escándalo, Graciña batió en el hombro de Gonzalo, que la abrazó alegremente.

— ¡Venga acá ese carrillo para darte otro beso purificador! Con efecto, sólo pensar en doña Ana arrastra á las gentes á imágenes brutales. . . ¿Decías antes del estómago? Sí, hija, convalecido. Y hace días más pesado, desde el tal cabrito en compañía del superbebedor Manuel Duarte. . . ¿Tú tienes acá agua de Vidago? . . . Entonces, Barroliño, sé angélico. Manda traer una botella bien fresca. Y mira, pregunta si subieron una cesta y una caja que yo dejé en el coche. Que la pongan en mi cuarto, y no la desenvuelvas, que es sorpresa. Escucha. Que me lleven agua bien

caliente. Preciso mudar toda la ropa. ¡Estaba una polvareda por ese camino!

Y cuando Barrolo marchó á cumplir estos encargos, Gonzalo, restregando las manos:

— Pues están ustedes espléndidos, y en la armonía que conviene. Tú, positivamente, más fuerte, más llena. Hasta pensé que fuese sobrino. Y Barrolo más delgado, más leve. . .

— ¡Oh!, ahora José pasea mucho á caballo; ya no adormece tanto después de comer. . .

— ¿Y la otra familia? ¿La tía Arminda y los Mendoza? ¿Bien? ¿Y el padre Sueiro?

— Tuvo un ataque de reumatismo muy ligero. Ahora bien, siempre en el Palacio del Obispo, en la Biblioteca. . . Parece que se entretiene en hacer un libro sobre los Obispos.

— Sí, ya sé; la historia de la Sede de Oliveira. Pues yo también he trabajado mucho, Graciña. Estoy escribiendo una novela.

— ¡Ah!

— Una novela corta para los *Anales de Literatura y de Historia*; una revista que fundó un rapaz amigo mío, Castañeiro. . . Es sobre un hecho histórico de nuestra gente. . . Sobre un abuelo nuestro muy antiguo, Tructesindo.

— Tiene gracia; ¿qué hizo?

— Horrores; pero es pintoresco. . . Y después el Palacio de Santa Ireneia en el siglo XII, en todo su esplendor. En fin, una bella reconstrucción del viejo Portugal, y, sobre todo, de los viejos

Raimires. Ha de gustar. No hay amorés, todo son guerras. Apenas muy remotamente, una de nuestras antepasadas, una doña Menda, que yo no sé si realmente existió. Tiene su *chic*, ¿eh? Y, ¿tú comprendes?, como yo deseo meterme en política, preciso primeramente hacer sonar mi nombre. . .

Graciña sonreía dulcemente mirando al hermano en el acostumbrado éxtasis.

— ¿Y ahora tienes alguna idea? La tía Arminda continúa siempre con el tema de que debías entrar en la Diplomacia. Todavía hace días. . . «Gonzaliño tan galante como es y con aquel nombre haría buen papel en una gran Embajada.»

Gonzalo levantárase lentamente del vasto canapé, abotonando la chaqueta:

— Con efecto; ando con una idea hace días. Tal vez me viniese de una novela inglesa muy interesante, y que te recomiendo, sobre las antiguas minas de Ofir, *King Salomon's Mines*. Audo con ideas de ir para Africa.

— ¿Para Africa?

El criado entrara con dos botellas de agua de Vidago en una bandeja. Precipitadamente, para aprovechar el «picorcillo», Gonzalo llenó una copa enorme de cristal labrado. ¡Oh, qué delicia de agua! Y como Barrolo volvía anunciando que cumpliera las órdenes de S. E.:

— Bien. Entonces luego conversamos al almuerzo, Graciña. Ahora me voy á lavar, á mu-

dar de ropa, que no paro con esta porquería infame. . .

Barrolo acompañó á su cuñado al cuarto, uno de los más espaciosos y alegres del palacete, forrado de color canario, con un balcón al jardín y dos ventanas de antepecho sobre la calle de las Tecedeiras y los viejos árboles del convento de las Mónicas. Gonzalo, impaciente, quitóse la ropa.

— Pues tú estás espléndido, Barrolo. Debes haber perdido tres ó cuatro kilos. Son, naturalmente, los kilos que Graciña ganó. Si se equilibran ustedes así quedan perfectos.

— Realmente, parece que adelgacé. Hasta lo siento en los pantalones.

Gonzalo abriera el cajón de la rica cómoda de herrajes dorados, donde conservaba siempre ropa — hasta dos trajes — para evitar el transporte de maletas entre la Torre y los Cuñaes. Y aconsejaba al buen Barrolo «adelgazar» sin descanso para belleza de la futura raza barrólica; cuando abajo, en la silenciosa calle de las Tecedeiras, las patas de un caballo de lujo hirieron las piedras con cadencia lenta.

Desconfiado Gonzalo, corrió á la ventana con la camisa que desdoblaba. Y era él. Era el Andrés Cavalleiro, que descendía, tirando de la rienda para escarbar con garbo y con fragor la rampa mal empedrada. Gonzalo viró hacia Barrolo la faz llameante de furor.

— Esto es una provocación. Si este descarado de Cavalleiro pasa otra vez en la maldita yegua por debajo de las ventanas, le echo un cubo de agua sucia.

Barrolo, inquieto, arguyó:

— Va para casa de las Louzadas. Es ahora muy íntimo de las Louzadas. Siempre lo veo por aquí. . . Y es por las Louzadas.

— Que sea por el infierno. ¿No hay en toda la ciudad otro camino para casa de las Louzadas? ¡Dos veces en media hora! ¡Gran insolente! Lleva un baño de agua de jabón por la greña y por los bigotazos, tan cierto como soy Ramires, hijo de mi padre Ramires!

Barrolo pellizcábase la piel del cuello, constreñido ante aquellos rencores ruidosos que venían á quebrar su sosiego. Ya por imposición de Gonzalo rompiera con Cavalleiro, y ahora entreveía una bulla, un escándalo, que lo indispondría con los amigos de Cavalleiro, que le vedaría ir al club y gozar de las dulzuras de la Arca-da, y le tornaría á Oliveira, más triste que su quinta de *Ribeiriña* ó de la *Murtosa*, detestables y antipáticas soledades. No se contuvo y adelantó el acostumbrado reparo:

— ¡Gonzaliño, mira que todas estas cosas por causa de la política!

Gonzalo casi rompió el jarro en la furia con que lo posó sobre el mármol del lavabo.

— ¡Política! ¡Vienes todavía con la política!

Por política no se tira agua sucia á los gobernadores civiles. Él no es político, es sólo un mamaracho. Además de eso. . .

Pero terminó por encoger los hombros, enmudeciendo delante de los carrillos pasmados de Barrolo, que en aquel rondar de Cavalleiro por los Cuñaes, sólo notaba el «lindo caballo» ó el «camino más corto para las Louzadas».

— Bien — resumió —. Ahora lárgate, que me quiero vestir. De ese bigotazos me encargo yo.

— Entonces hasta luego. Pero si pasa, nada de barbarizar.

— Le haré justicia con un cubo.

Y batió con la puerta las costillas resignadas del buen Barrolo, que, por el corredor, suspirando, lamentaba el genio de Gonzaliño y las cóleras desproporcionadas á que lo lanzaba «la política».

Mientras se enjabonaba con vehemencia y se vestía con una prisa airada, Gonzalo rumió aquel intolerable escándalo. Fatalmente, apenas se apeaba en Oliveira, encontraba al hombre de la melena caracoleando por delante de los balcones del palacete, en la yegua de largas crines; y lo que le desconsolaba era percibir en el corazón de Graciña, pobre corazón, melancólico y sin fortaleza, una raíz de ternura por Cavalleiro, bien enterrada, pero aún vivaz y fácil de reflorar. . . , y ningún otro sentimiento fuerte que la defendiese en aquella ociosidad de Oliveira, ni superioridad

del marido, ni encanto del hijo en el regazo. Sólo el orgullo la amparaba, cierto respeto religioso por el nombre de los Ramires, el miedo á la tierra pequeña, cuchicheadora, calumniadora. Su salvación sería el abandono de la ciudad, el encerrado retiro en una de las quintas de Barrolo, la *Ribeiriña*, y sobre todo la *Murtosa*, con los musgosos muros de convento y la aldea en derredor, para poder actuar de castellana benéfica. ¡Pero qué!, Barrolo nunca consentiría en perder su voltereta en el club, la tertulia en la «Tabaquería Elegante» y las chocarrerías del comandante Ribas.

Ahogado por el calor y por las emociones, Gonzalo abrió el balcón. Abajo, en la terraza, Graciña, con los cabellos aún sueltos por cima del peinador, conversaba con otra señora muy alta, muy flaca, de sombrero adornado con pájaros, que aseguraba entre los brazos un repollado manojo de rosas.

Era la «prima» María Mendoza, mujer de José Mendoza, condiscípulo de Barrolo en Amarante, capitán ahora del regimiento de Caballería que guarnecía á Oliveira. Hija de un cierto D. Antonio, señor (hoy vizconde) de los Pazos de Severim, devorada por la preocupación de parentescos hidalgos, de orígenes hidalgos, ligaba siempre subterráneamente el vago solar de Severim á todas las casas nobles de Portugal, sobre todo y más golosamente á la gran casa de los Ramires; y desde que el regimiento se acuartelara en

Oliveira, trataba á Graciña por «tú» y á Gonzalo por «primo», con la intimidación especial que conviene á las sangres superiores. Mantenía asimismo amistades muy seguidas y activas con brasileñas ricas de Oliveira, hasta con la viuda de Piño, dueña de una tienda de paños, que, según se murmuraba, la proveía de pantalones y blusas para los dos hijos aún pequeños. Convivía también, y muy íntimamente, ya en la ciudad, ya en la *Feitosa*, con doña Ana Lucena.

Gonzalo gustaba de su gracia, de su agudeza, de la vivacidad maliciosa que la agitaba en una linda crepitación de sarmiento ardiendo con alegría, y cuando al rumor de la ventana levantó ella los ojos, brillantes y alegruelos, fué para ambos una sorpresa cariñosa.

— ¡Prima María! ¡Qué felicidad; en seguida que llego y que abro la ventana! . . .

— Y para mí, primo Gonzalo, que no le veía desde su vuelta de Lisboa. . . Está más lindo así con bigote.

— Dicen que estoy lindísimo, absolutamente irresistible. Hasta aconsejo á la prima María que no se acerque mucho á mí para no incendiarse.

Ella dejara caer desoladamente de los brazos su pesado manojo de rosas.

— ¡Ay, Jesús, entonces estoy perdida, porque acabo de prometer á la prima Gracia que comería acá esta tarde! Graciña, pon un biombo entre los dos.